



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

EL-DIB, ALA

LAS HUELLAS EN LAS MIRADAS

Estudios de Asia y África, vol. XLIII, núm. 3, septiembre-diciembre, 2008, pp. 639-647

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58620923006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LAS HUELLAS EN LAS MIRADAS

Autor

ALA EL-DIB

Colección: Los niños sin lágrimas

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

El Colegio de México

CARMELINA RAMÍREZ

Centro de Estudios de África y Medio Oriente

La Habana, Cuba

La vista viene y va sola, no quisiera mirar pero fracaso en el intento, veo un puente viejo de hierro y madera, en la otra acera está la estación del sur. Sube el polvo, la sombra fragmentada de un viejo árbol que se opone a la luz del día.

Durante cuarenta años han acudido a mi cabeza recuerdos incompletos de aquel lugar oscuro, incendiado.

La estación está dividida en dos partes: una abandonada y la otra deteriorada. Hay una ventanilla de boletos, la sombra para la espera, el banco verde de madera, viejas baldosas de colores, los oxidados rieles apilados, los corroídos durmientes, un templo abandonado por tribus en extinción.

La vista viene y va sola después de destrozarme el corazón, dejándome en su lugar un torbellino de viento.

Observo mi cara en un viejo espejo y veo una barba naciente, unos ojos temerosos. No puedo quedarme mucho tiempo en el cuarto de la pensión. Me paro y bajo por los escalones de la amplia y oscura escalera cada vez que el elevador no funciona. Antes del tercer piso me parece que estoy preso en su interior, me esconde del mismo modo que esconde su vidrio, su madera, sus amarres, el polvo y los hilos de telaraña colgando.

Camino aprisa por las calles, persigo a los fugitivos, choco con los límites de esas calles que me tragan y me devuelven a los límites sin límites.

Entro a una cafetería, un restaurante, una miscelánea, compro una botella de vino, un poco de *hashish*. Huyo de nadie. Subo las avenidas, las escaleras, luego bajo a los desolados jardines. Vuelvo al cuarto de la pensión. Veo mi cara en el viejo espejo, la barba naciente, los ojos temerosos, un mismo viejo temor, una misma aridez, una misma desolación, las imágenes queridas, el camino que siguen los tontos. El sábado, sin causa alguna, me convertí en un ser anacrónico, atópico, acaso estoy en Egipto, en El Cairo o en la Universidad de la Ciudad de la Decadencia.

Detrás de esas ventanas y puertas cerradas hay grupos de hombres necios que no me prestan atención ni me temen; los desprecio, si los conozco me pierdo, me gustaría ser como ellos pero no puedo; huyo de ellos y a la vez los espío, los veo como muñecos confeccionados con un relleno de petróleo. Se me entumescen los dientes, si los toco se rompen.

Era una noche extraña y tenebrosa, la recuerdo con miedo. Yo estaba solo, y ¿cuándo no estuve solo? Ella regresará y no podré echarla.

Poco antes de la una y media estaba esperando las últimas noticias de la estación de El Cairo: de repente presentí que se acercaba a mí. Los muros comenzaron a moverse con fuerza. Una nueva crisis cardíaca. Los regalos más importantes del último viaje —a crédito— son mis maletas y mis cosas diseminadas por la habitación. No puedo tomarlas ni ponerlas en su lugar.

Las habitaciones de la pensión tienen puertas de vidrio que dejan pasar una luz opaca; poco después no puedo salir, tampoco pueden entrar, no se escucha una sola voz pero sé que ahí están todos, se confabulan en mi contra, el fuego se extinguirá. Una extraña figura entró para agarrar todo, no era mi dinero su objetivo sino yo mismo. Yo y mis últimas vacaciones en El Cairo. Por qué no me habré quedado en un gran hotel, podría incluso llamar a un médico; quizá algo me obliga a estar inscrito en el círculo de la debilidad, de la pobreza y de la frustración. En realidad no puedo comportarme como los ricos. Encendí todas las luces de la habitación, prendí un cigarro que no fumé, me serví un trago grande de whisky, tomé una

camisa nueva y me la puse a pesar del fuerte olor a sudor, una camisa que iba a regalar y me la quedé. Me puse cualquier cosa en los pies, recogí un poco de dinero, mis llaves y mi pasaporte, me arreglé el pelo con los dedos, abandoné la habitación dejando las luces encendidas. Un instante después me encontraba parado en la amplia escalera, observé el elevador descompuesto y me alejé. El ritmo de mi respiración aumentaba, escuchaba en mis oídos los fuertes latidos del corazón. No había nada nuevo que temer: el doctor con acento pesado me había dicho: “te pasará con frecuencia, aprende a vivir con ella, toma la pastilla cuando sea necesario, lleva la caja en tu bolsillo, tenla en la oficina o junto a la cama”.

Descubrí que realmente podía aprovechar la experiencia adquirida con la pluma, las hojas y como lector del Corán. Soy doctor en Literatura Árabe, aunque no sea bueno redactando. Hice investigaciones, tesis, conferencias y artículos, cualquier cosa menos escribir, que era lo que en realidad me había propuesto. Todo se convirtió en cuentas y táctica, una nueva inversión de tiempo y dinero muy provechosa. En lo que se refiere a la antigua redacción desde hacía mucho tiempo había quedado abandonada, quién puede en estos tiempos determinar la calidad que se le exige a la redacción, la pureza necesita la limpieza y la oración, un vestido blanco y limpio, el cuerpo bañado y el espíritu libre. Demanda fuerza, concentración y trabajo. Hoy, ¿dónde ha quedado todo esto?

Escribo signos mágicos sobre una hoja, sobre la arena o en la cavidad de los ojos. Fue por esto que hice de varias hojas dispersas mi testamento. Algunas de las hojas eran especiales, otras antiguos fascículos del Ministerio de la Ciencia. Estas hojas son mi testamento y debo dedicarles toda mi sabiduría; son mi voz, voz que no reconozco cuando brota de mi garganta metálica y extraña. Curo mi alma, mis nervios y toda mi existencia. Por sobre todo esto amo escribir. Es mi vicio, mi debilidad, mi crimen. Lo que deseo es escribir para autoperdonarme de corazón; si no fuera por estas hojas estaría perdido, ellas me ayudan a soportar mi nueva crisis cardíaca. Todo esto es una locura.

Por las calles del centro de la ciudad no caminaba nadie más que yo. Pensé en buscar un teléfono para llamar a un médico,

a un amigo o a ella, a mi esposa, la profesora Dra. Sana Farag. Pero ella no está en El Cairo. Los conocidos y los amigos escapan de mi memoria como partículas de aire. Quiero quedarme solo. Lucho contra esta noche o es ella quien me ataca. ¡Qué hermosas son las noches de El Cairo cuando sus calles están vacías! Sus calles son encantadoras, en sus casas se siente buen sabor y aroma.

En la amplia calle percibo que el ritmo de mi respiración vuelve a ser normal, se restablece el ritmo cardíaco. Veo el blanco uniforme de un militar, su arma. Está dormido. Debe tener por lo menos un pequeño apartamento, o una habitación, cinco hijos. Su sueldo no excede las cien guineas. Su mujer tiene una pieza de oro y los hijos ropa nueva; comen arroz, guisado y carne. Está en su casa satisfecho, con los calzoncillos limpios.

Doctor, me he convertido en un extraño solitario, el doctor Munir Andel Hamid, sabio maestro de Literatura Árabe en la eminente Universidad de la Ciudad del Crepúsculo. No eres nada más que una gata perdida que corre durante la noche por las calles del centro de El Cairo, con una bolsa grande con dinero en la boca. Apresúrate... apresúrate. Llegarás pero no podrás pasar por la rendija de la puerta, ni podrás llegar hasta la habitación del oficial donde duermen los hijos.

En la pequeña cafetería que encontré abierta en Bab el Luk ordené alhova con leche, narguile y un poco de tabaco. El piso de la cafetería estaba limpio, aplanado con aserrín de madera verde. Había un señor de mediana edad que gritaba y un joven drogado, se escuchaba el crepitar del fuego y una radionovela a la que nadie prestaba atención.

El camarero me observó después de servir la mesa. Es probable que me recordara, que me estuviera analizando, o que yo lo recordara. De todas formas qué importa eso ahora. Había algo en los rasgos del viejo, que se resistía contra el sueño, que me recordaba a mi padre. Me parece que no volveré a verlo, ha perdido la vista y no puede verme. Este peligro revivió en mí cierta satisfacción. La alhova estaba un poco cargada y tenía mucha azúcar.

Tus ojos continúan fijos en mí sin verme. Cómo me gustaría tener una nueva apariencia, por qué no me habré quitado es-

ta camisa y el pantalón y me habré puesto una abaya nueva de las que tengo en la maleta, la café por ejemplo, que tiene dos bolsillos en el pecho, uno grande y otro ancho, y llamativos dibujos en los bordes. Me satisface tocar su tela barata, es como si este viejo traje ordinario hubiera sido un regalo de Um Essam.

Froté mis pies, observé los dedos desnudos en las sandalias de piel. Desde hacía mucho tiempo no sentía en mi interior ese penetrante silencio, como si los problemas se hubieran acabado y mi lucha hubiera terminado.

Cuando llegó el camarero a retirar las copas y cambió el carbón, pedí otra alhova y volví a recordar la estación de trenes de mi ciudad, Kafer Esh-shaug, en Minya, que vuelve a ocupar un lugar importante en mis confusos sueños. El puente, como siempre, está en el centro de la escena, la sombra fragmentada del viejo árbol que se interpone a la luz del día, el vendedor de conservas de dulce guayaba, que en aquel entonces ya estaba viejo, todavía sigue vivo en Alejandría. Eso escuché, que vendía cacahuates frente al parque de diversiones. Tengo que verlo. Él me contaba el cuento del baile del gallo. Era él quien lo creaba mientras lo contaba, él quien le hacía la escenografía y la música. Yo lo escuché de él. Le pregunté a mi mamá y a mi papá por el cuento. Las respuestas fueron justificaciones hasta que sobrevino el silencio y la negación y la reprobación por exagerar el cuento en mi inflamada mente.

El autor siente vergüenza del cuento, el cuento del gallo, pero yo lo escribiré, lo escribiré como nadie sabrá escribirlo. Es el cuento que no escribí y no escribiré porque no se lo merecen. Si lo escribo será para cambiar la imagen de la Literatura Árabe contemporánea.

¿Quiénes son Faulkner, Proust o Dostoievski, y qué pretende Naguib Mahfuz? ¿Qué saben de la locura y de la necesidad del sueño de la riqueza y del tesoro? ¿Qué saben ellos de las leyendas del campo y de la montaña, de sus noches y de sus hombres y de las ciudades agachadas desde hace miles de años, qué sucede en su interior, qué sucede entre los hombres y las mujeres y entre los niños y los muros y de los burros de Zaher El Ahmar, los búfalos negros con cola? No lo escribiré aunque pongan el sol a mi derecha. Por qué no para de seguirme incluso hasta en esta desierta e íntima cafetería.

Tienes los ojos fijos en mí y no me ves; ella sin embargo dejó sobre mí las huellas de sus ojos. Entraron algunos clientes para beber té con leche. Comieron pasteles frescos y se dispusieron a fumar. Detesto la alhova con tanta azúcar. El humo invadía el ambiente. Pagué la cuenta y salí pensando en mi segunda patria, pienso en la universidad del aburrimiento y en la Ciudad de la Decadencia... en mi segunda patria donde como pan, me alimento, y en el bonito destierro que elegí, con mucho dinero, con sus edificios de cristal y el olor a arena y a petróleo, los endurecidos y sudorosos hombres con su túnica limpia y blanca. Son mis amigos, mis hermanos, pero no los extraño como no extraño el lugar y sólo siento añoranza por Kafer Esh-shauk, mi ciudad imposible, la cual se ha perdido. Tengo miedo de pensar en este lugar donde vivo. Allá todas las cosas parecen irreales, provisionales: mi casa vacía o llena, la universidad a mediodía o en la noche, las amplias y limpias calles vacías.

La organizada, amplia y limpia ciudad, miles de reales y dinares... y dólares. Un país que es mi segunda patria, como siempre digo en mis conferencias. Pero, por otro lado, no es un país, no sé si ellos tenían canciones diferentes a las que se escuchan en el cassette. Ellos tenían algunas canciones, por necesidad. Un país las aprendió, pero las arenas, el dinero y el petróleo las borraron. Recorrieron allende su país largos caminos, puentes e inútiles ilusiones. Habrá allá discípulos pobres, campesinos con la cabeza cubierta y trabajadores exaltados y violentos y una virgen en el jardín, el sol en la cabeza escondido por las palmeras y mártires, iglesias y la patria llora.

Si la señora Dra. Sana Farag hubiera persistido un poco conmigo y hubiera soportado lo que ella llamaba la prisión en que yo la había puesto, mi temible cárcel nazi, allá el ambiente era dulce "sí, agradable, mi hermano", gracias a Dios yo también fui agradable contigo, ¡oh cobarde! Una mujer no sirve para nada, ni para esto ni para lo otro. Gracias a Dios terminé con este tormento. Contigo me comporté como un débil, gris y temeroso. Una persona como tú nunca entendió la vida que pudimos llevar, ¡oh loca! Dos vidas... pero qué sabes de la vida, de las tristezas en el Egipto de hoy. Oh hija de los clubes y los afeites, las fotos pegadas en el álbum. Tomaste lo que te satis-

facia, bonitas blusas estampadas y cremas, las fantasías te dejaron furiosa con la baba en la boca y lágrimas en los ojos. Ahora rezas a un sueño infiel permanente. Ya se me acabó la paciencia. Hermano, dame el divorcio.

Antes de que liberaran a los caballos locos, las onzas, los tigres y los autobuses, no crees que sigan vacíos. Intenté escapar de todo lo que había detrás de la gran celosía de la pensión que deja pasar la luz de mis mañanas en el ruidoso Cairo. No dormí, mantuve los ojos abiertos a pesar del agotamiento; ahora están inflamados ligeramente. Me acostaré hasta que llamen a la puerta, alrededor del mediodía, cuando vienen a hacer la limpieza, quizá la rechace y pida que traigan un desayuno fuerte. Los abandoné a todos y huí de todos ustedes, ahora me he convertido en un solitario, una vez más solitario porque así lo decidí para siempre.

Solo atravesé el infernal desierto. Lo crucé solo. Abandoné a mi familia, mi muerte, mi lucha, mi desproporcionada epilepsia; salí a la solitaria tierra desprotegida. En mis sueños y en mi conciencia solamente está mi familia, cadáveres, parientes destruidos; soy a la vez un asesino y su víctima, vuestro mártir y el criminal. Ustedes son mi arrepentimiento y mis fantasías. En la boca llevo su sangre y el sabor de su hambre en mi pan.

No temas nada que todos los días se parecen, como los días de las vacaciones bonitas; tres meses similares a cualesquier otros tres meses de un año, de una vida, mucha desvergüenza. A esto le llamamos vacaciones. Las llamadas telefónicas, citas en una cafetería, en bancos, y cambia tu trabajo y las oficinas, cambia verduleros, fontaneros, boleteros, agentes de bienes raíces, cuadros, maestros que como cotorras intentaban hablar bonito. Hablará el inteligente y tenga los dedos levantados a la altura de la cara. "Todo se acabó, aquí no hay nadie, ni palabras, se acabó. Vela por ti mismo tu sustento en otro lugar... crees que lo lograrás... ja, ja", y sin embargo ellos lloraron en otro tiempo... lloran por una u otra cosa, después de algunas botellas de cerveza, y copas... cigarros de *hashish*, lloran como si la que llorara fuera mi querida esposa. La asfixia volvió a mí, me oprimió el pecho, quisiera participar en un crimen o encontrarme refundido en el infierno.

Si algo bonito hay en la pensión es esta gran celosía que filtra la luz del día. Gracias a Dios que no se ha descompuesto, deja pasar mucha luz a la habitación conforme se abre y cierra el día. Es la luz de mis sueños y de mis días que se han ido y no volverán.

Allá en algún lugar de la maleta negra hay una bolsa de plástico que tiene el dibujo de un galeón y humo, también están esparcidas unas hojas horribles que yo había escondido y ahora busco, son mi testamento, mi voz, mis crímenes públicos, acaso no tiene el dinero, los cheques, los documentos, los recibos y la calculadora. Todos los datos están aquí en esta maleta a la vez grande, pequeña y ancha, cara. Dónde la compré, no me acuerdo, pero yo la trato con respeto, la miro con amor y con cuidado. Yo soy alguien. Ella es otra cosa.

No hay ninguna novedad. Una vez que pase la sombra del sol de los muros, tu corazón otra vez se angustiará Um Esaam en Alejandría ella es mi mar, mi libertad. Nadie preguntará por mí y nadie me llamará. Así son ellos, temerosos al principio; Sana'a, Tamar y Lamya'i están con su tío en Marsa Matruh durante quince días o un mes por lo menos, hasta que se terminen las vacaciones. Eso dijo una voz por teléfono los días que me pasé con Um Essam: "nadie sentirá tu presencia ni tu ausencia".

Um Esaam a la luz tiene las carnes blancas, ilumina mis mañanas y mis noches vacías. Ella y mi médico son lo más importante que me queda aquí. Después de una hora se reinicia la marcha, el abandono, el opio, el balcón, video, todo, incluso Um Jalul, la pimienta de Alejandría... El fuego rojo alumbraba y se escucha a Um Kulzum, el tiempo no importa. A ella le gusta pasar los días ociosos conmigo. Admira mi consumido orgullo y yo admiro su necesidad de atención que no se satisface, su boca, su trasero, sus pechos desbordantes como si ella me amamantara, una tontería. Inventamos todos los nombres: su cuerpo, el mío, mi esposa, su esposo, para no preocuparnos por nada ni por nadie. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para evitar recordar a los hijos o conversar sobre ellos o sobre el dinero.

No viene sola la puesta de sol y nadie sabrá de mí por un tiempo. Um Esaam resolverá la crisis de mi existencia, no me

costará mucho su estoicismo. Ella igual se contenta con el hígado a la alejandrina, el pescado y los viejos filmes de Abdul Halim Hafiz, los vasos de brandy, las bocanadas de *hashish*; encendió el carbón y me encendió con su boca, con pedacitos de opio me limpió el cristal de los lentes y se aclaró el alba de Alejandría, su mar, como si una luz extinguiera todos mis días oscuros, duermo con ella para despertar y encontrarla poniendo la mesa de nuevo.

Recogeré la abaya, las chanclas, mis pertenencias, dos o tres billetes para los gastos del viaje; en el camino pensaré en algo que llevarle, algo con aroma del país en el cual yo estuve, algo rojo, brillante, que sea caro. Le diré que la recordé y ella jurará haberme recordado y se acabarán los preámbulos, le pagaré, acariciándole su abundante y suave cabello teñido. En resumen, en la pensión dejo dicho a todo el que pregunte por mí que me fui y que nadie sabe cuándo regresaré. ❖

